

las devotas peregrinaciones que, con frecuencia vemos acudir á la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, nos ha parecido oportuno dar á conocer á nuestros hermanos católicos el resultado de algunos superficiales estudios que hemos hecho sobre las peregrinaciones religiosas en la humanidad y en el Cristianismo: á fin de que impuestos siquier someramente, de lo que de doctrinal é histórico hay que saber sobre la materia, estén dispuestos y prontos, conforme á la prescripción del apóstol S. Pedro, á dar razón de esas creencias y prácticas piadosas en que fundan una esperanza de salud, al frente de la irritante incredulidad, del irracional indiferentismo, de la hipócrita masonería y del protestantismo venal y corruptor, enemigo de nuestra fé y de nuestra Patria.

Mas no se crea por esto que pretendemos enseñar: no tenemos misión para ello; somos miembros de la Iglesia creyente, y estamos en el caso, más que nadie, de ser enseñados. En nuestros humildes trabajos, sin pretensiones de ningún género, sin interés material ninguno, sólo nos proponemos no mantener estéril el pequeño depósito que Dios nuestro Señor nos ha confiado. ¿De qué manera? Estudiando y dando cuenta del resultado de nuestros estudios á los que carecen de tiempo y de medios para hacerlos por sí mismos.

Por tanto: repetimos lo que ya otra vez hemos dicho; á saber, que no escribimos para los sabios, sino para los que saben menos que nosotros: menos escribimos para los que suelen escandalizarse al ver tratadas, por plumas profanas, materias que no lo son. Si estas páginas llegan á manos de semejantes personas, les rogamos que omitan su lectura; ciertos de que, al par que se economizarán un fastidio, quedarán tan sabios y timoratos como ántes solían.

Tendremos que tocar tantas especies en el curso de la exposición de nuestro estudio que, para presentarlas con orden y claridad, nos veremos necesitados á recurrir al método de la vieja escuela, que prescindía de bellezas de forma en obsequio de la precisión en el discurso, y de la lucidez en la exposición.

CAPITULO I

QUÉ DEBA ENTENDERSE POR PEREGRINACION RELIGIOSA.

Un teólogo de nota define la peregrinacion religiosa en estos muy breves términos: «Viaje hecho por religion á un lugar consagrado por algún monumento religioso.» (Bergier. Dicc. teolog. art. *Peregrinacion*.) Así definida esa práctica religiosa, comprende todos los cultos y todas las edades en que ella haya sido conocida.

Más completo y expícito es el concepto que de ella fija un monumento de nuestra antigua legislacion; la cual, á un lado ciertos defectos propios y necesarios de otros siglos, será siempre un tesoro de ciencia y de sabiduría. La ley 1.^a título XXIV de la 1.^a Partida, se expresaba así: Romero tanto quiere decir como home que se parte de su tierra et va á Roma para visitar los santos lugares en que yacen los cuerpos de Sant Pedro et de Sant Pablo, et de los otros que prisiéron hi martirio por nuestro Señor Jesucristo. Et pelegrino tanto quiere decir como extraño que va á visitar el sepulcro de Jerusalem et los otros santos lugares en que nuestro Señor Jesucristo nació et visquió et prisó muerte en este mundo, ó que anda en pelerinage á Santiago ó á otros santuarios de luenga tierra et extraña. Et como quier que departimiento es quanto en palabra entre romero et pelegrino; pero segunt comunalmente las gentes lo usan, así llaman al uno como al otro. Et las maneras destos romeros et pelegrinos son tres: la primera es quando por su propia voluntad et sin premia ninguna va en pelegrinaje á alguno destos santos lugares: la segunda es quando lo face por voto ó por promision que fizo á Dios: la tercera es quando alguno es tenuto de lo facer por penitencia quel fuese puesta que ha de complir.

Del texto citado se deduce que, se puede usar y se ha usado promiscuamente de los nombres *peregrinacion* y *romería*, para significar toda excursion que, por motivo religioso, se hace á algun lugar más ó menos lejano, considerado como santo ó sagrado: que toda peregrinacion ó romería puede ser, ó un acto libre de mera devocion, ó un acto satisfactorio de obligacion antecedentemente contraida; ó tambien un acto de ex-

piacion, en cumplimiento de penitencia impuesta, en el foro interno ó en el externo por quien tenga derecho para ello. La peregrinacion ó romería, como remedio penitencial impuesta en el foro interno puede ser parte de la satisfaccion demandada en el tribunal secreto de la penitencia: la que se impone en el fuero externo, puede ocupar el lugar de las antiguas penitencias canónicas, cuando ellas tienen caso, en satisfaccion de pecados públicos de cierta gravedad; los cuales eran designados expresamente en la antigua disciplina de la Iglesia.

Conforme á lo que antecede, creemos poder definir la peregrinacion religiosa en los siguientes términos: «Excursion que se hace del habitual domicilio, á un lugar religioso, por motivo y con objeto de piedad, ya sea por obra puramente meritoria, satisfactoria ó expiatoria.»

CAPITULO II.

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSAS RESPONDEN A UNA NECESIDAD HUMANA.

El espíritu del hombre milita siempre entre dos puntos cardinales; el origen de donde procede y el fin á que está destinado. A la consideracion de la nobleza primitiva de que ha degenerado, se arrulla tristemente sobre recuerdos de bienes inolvidables; y en la contemplacion del bien á que aspira, se aduerme en los brazos de la esperanza que le conduce á mansiones de un mundo mejor, aunque desconocido. Los recuerdos le hacen con frecuencia retroceder á su cuna; las esperanzas le impelen constantemente á las regiones del apoteosis definitivo, despues de haber atravesado el tenebroso túnel del sepulcro.

Y así la vida del espíritu humano se reduce á una peregrinacion no interrumpida, del país de los recuerdos á la region de las esperanzas. Y como sus recuerdos le acusan constantemente su origen divino, y sus esperanzas le arrastran sin intermision á una trasformacion divina, esa peregrinacion incesante del alma, que viniendo de Dios marcha sin descanso hácia Dios, es la excursion más sublime y más religiosa que

podiera darse: excursion digna de los Angeles, si á ellos fuera posible revolver memorias y fomentar anhelos semejantes al recordar y al esperar humanos. Entre esos dos puntos cardinales, entre ese recordar y ese aspirar indeficientes, peregrinaba el alma del grande Augustino, que en lo más laborioso de su religiosa excursion, lanzaba aquel suspiro que parecia salir del corazon de un Serafin: "Nos criaste ¡oh Señor! para Tí (*recuerdo*); y nuestro corazon está inquieto hasta que descansase en Tí," (*esperanza*.)

Pero no siendo el hombre un espíritu solamente, sino un compuesto de alma y cuerpo; siendo éste el instrumento de aquella, como el alma es instrumento de Dios: llevando su existencia á través de un mundo sensible, y por caminos providenciales abiertos sobre campos visibles, esa nostalgia del alma que mantiene al hombre en continua agitacion entre los puntos cardinales de lo invisible, tiene que traducirse en hechos que revelan la condicion de todo el hombre; sér complejo que sufre porque está informado por un elemento simple; que milita llorando por un bien perdido, y suspirando por un bien deseado. Y hé aquí por qué, en toda época, en toda region y en toda raza, ha sido una necesidad natural, una condicion del sér humano, el propender á buscar el bien que se apetece ó el remedio de que se tiene necesidad, fuera del círculo de los concretos que habitualmente nos rodean y cuya insuficiencia é impotencia es conocida. Esa inquietud, esa ansiosa solicitud en pos de lo sobrenatural y más allá de la atmósfera del mezquino individualismo, en otros siglos elevaba á los memorables Estilitas sobre sus simbólicas columnas, y arrastraba á los Antonios al bosque de las Palmas y á la cumbre del Monte Colzin. A inmensa distancia de esos portentos del espiritualismo cristiano, y por diferentes vias veremos marchar á la humanidad entera, arrebatada por el mismo soplo, sostenida por el mismo espíritu y atraída por el mismo polo.

CAPITULO III.

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSAS EN EL PERIODO DE LA
LEY NATURAL.

El hombre en las primeras edades, fresco aún el recuerdo de una vida mejor, de la bienandanza que hubiera perdido por el pecado primero, volvía siempre los ojos y el corazón á aquellos lugares que la tradición embellecía con el recuerdo del bien perdido, y santificaba por la promesa de un bien esperado. Los dos primeros pecadores no tenían para engalanar los escombros de su arruinada felicidad, mas que el musgo de sus recuerdos y la yedra de sus esperanzas. Llevando á las orillas del Araxes una vida triste y pesada, la del arrepentimiento tardío, debieron volver con frecuencia sus miradas á la puerta defendida por la flamígera espada del Querubín, que les interceptaba el camino por donde quisieran volver á la sombra del árbol de la vida: y también volverían sus ojos al lugar del holocausto ofrecido al Señor por los dos primeros nacidos en pecado; y al sitio que bebiera la sangre del inocente, cuyo cadáver revelara á sus padres por primera vez, lo que era la fuga de la vida en el sér animado; lo que era en los humanos la muerte, hija primógenita del pecado.

Esos recuerdos gratos, y esas reminiscencias amargas, transmitidas por los primeros padres á las inmediatas generaciones, conservaron vivos en ellas los sentimientos de amor, de culto y de temor á ciertos lugares que sabían haber sido testigos de la presencia del Señor, que habían repetido el eco del divino anatema y los acentos de una promesa consoladora para el oscuro y remoto porvenir. No era posible que la primera pareja humana hubiera dejado de visitar con religiosa emoción, una y muchas veces, aquellos sitios inolvidables cuyo aspecto contribuiera á mantener vivo su arrepentimiento igualmente que sus esperanzas. Ni se puede presumir que las siguientes generaciones descuidaran identificar con sus propios ojos los lugares, cuyos nombres queridos é interesantes escenas, habían aprendido por las venerables tradiciones del hogar paterno.

Multiplicada la especie, alongada más y más cada día del lugar de su cuna; extendiéndose á regiones remotas, en direc-

ción de la corriente de los cuatro ríos paradisiacos, nunca debieron olvidar el rumbo á que caían los bosques vírgenes del Eden perdido; ni dejar de visitar aquellos lugares en que al mismo tiempo que tuvieran de exclamar con amargura *¡Ay de nosotros porque hemos pecado!* se pudiera consolar en su desventura, suspirando *¡Cuándo vendrá el Prometido!* Hé aquí el origen y la forma de las peregrinaciones religiosas en la humanidad. Excursiones piadosas que se hacían bajo el sentimiento complejo de la expiación y de la esperanza: de la expiación por la culpa cometida, y de la esperanza de la remisión de esa culpa; del desagravio al Señor ofendido, y del obsequio al Misericordioso, que prometiera un Salvador; de la confesión humilde del crimen y de la confiada solicitud del perdón.

Y como por donde quiera que la humanidad se extendiese, llevaba consigo las tradiciones primitivas, llevó también la noción de un Dios ofendido; pero no implacable; justiciero, pero misericordioso. De aquí que por todas partes designara lugares escogidos para recordar y expiar el crimen común por medio de acciones comunes; para impetrar la misericordia, y suavizar la ejecución de la justicia por medio de plegarias colectivas. Estos sitios debieron ser el rústico hogar de los antepasados, en que el abuelo de cuatro generaciones hubiera acostumbrado invocar con amor y temor el Santo Nombre de Dios; ó también aquellos en que la bondad divina se hubiera manifestado por singulares beneficios, ó en que su omnipotencia se hubiera hecho más ostensible por la aterradora muestra de las fuerzas de la naturaleza.

Vino después el cataclismo universal que fué necesario para purificar la tierra, *corrompida á vista de Dios y colmada de iniquidad*. (Genes. VI. 11.) El Señor se sirvió hablar con su siervo Noé, como había hablado con la pareja de origen; y le hizo saber el medio de salvación acordado á él y á su familia. Consumada la catástrofe y posada el arca simbólica sobre la cumbre del Ararat, queda este monte santificado por la presencia del Señor; por la erección de un altar y por el holocausto agradable ofrecido allí por el segundo padre del linaje humano. Y hé aquí, desde entónces, santificado este lugar y venerable para los descendientes de Noé, quienes no debieron olvidar jamás, ni dejar de visitar el sitio que hubiera venido á ser la segunda cuna de los humanos. (1) Lugar que, á más

(1) Véase la nota A al fin.

de quedar santificado por la presencia de Jehovah, debía ser inolvidable por el pacto celebrado á perpetuidad, entre la justicia aplacada y la humanidad castigada; entre la misericordia futura y las generaciones por venir. Trescientos cincuenta años sobrevivió Noe despues del diluvio; tiempo en el cual permaneció habitando cerca del lugar de reposo del arca; y á donde ocurrirían sus hijos y los hijos de sus hijos, hasta remota generacion, para conmemorar el pacto sempiterno sellado por Dios con los colores del iris.

Pero la generacion pecadora concibió el insensato pensamiento de hacer célebre su nombre, ántes de esparcirse por la faz de la tierra: y al efecto, los descendientes de Noe intentan construir en la vega de Senaar una torre, cuya cima llegara hasta el cielo. Mas este pensamiento soberbio tuvo por castigo la confusion de las lenguas; despues de la cual, la raza orgullosa se esparció por las regiones que á su vista se extendian; llevando á todas partes el recuerdo de su humillacion y castigo, como tambien las tradiciones paternas con sus noticias sobre el pecado de origen, de la perpetua expiacion por él debida, y de la expectacion de la reparacion futura. A estos recuerdos iban siempre unidos nombres de lugares, fechas de acontecimientos, hácia los cuales volvian siempre los ojos y el corazon. Porque ¿quién es aquel que deja de volver su rostro una y otra vez, á los campos que han sido testigos de los pesares ó de los contentos de su vida? ¿Ni quién el que, una vez perdidos en oscura lontananza esos campos inolvidables, deja de buscar su representacion en todas partes, para continuarles su culto, como la viuda de Hector derramaba sus lágrimas á orillas de su imaginario Símois?

Bajo el dominio de tales ideas, y con la aprehension continua de tan memorables acontecimientos, los hombres justos que conservaban las antiguas tradiciones, se consideraron siempre como viadores y peregrinos en el mundo; aspirando siempre á una bienandanza desconocida, cuya posesion habian de alcanzar cuando llegara el cumplimiento de la promesa de un Redentor. Abraham, el que habria de ser padre de muchas gentes, lleva por orden del Señor, una vida de misteriosas peregrinaciones; y durante ellas levanta altares en Bersabec, en Mambre y en Mória: se le hace saber que sus descendientes han de vivir peregrinos en tierra ajena; sin que esto importara una pena, sino más bien, el principio de una série de prue-

bas á que debía ser sometido el pueblo que estuviera llamado á ser el pueblo de Dios por excelencia.

Isaac jamás podría olvidar el místico monte en que debió ser sacrificado en representacion de la humanidad delincuente; y en que fué sustituido por el cordero simbólico y figurativo del Cordero de Dios que habria de borrar los pecados del mundo. Jacob, hijo de Isaac y nieto de Abraham, fué el primero que legó á sus descendientes un lugar consagrado, al cual dió el nombre de Casa de Dios y Puerta del Cielo, *Bethel*. Y este lugar terrible, en que el Patriarca habia erigido un altar con la piedra que le habia servido de cabecera, fué visitado por él mismo, á su regreso de Mesopotamia, á fin de cumplir el voto que al Señor habia hecho de ofrecerle el diezmo de todos sus bienes. (Genes. XXVIII.) Ese mismo sitio debió por largos siglos servir de punto de cita á las siguientes generaciones, para conmemorar allí la promesa hecha por el Señor, y el voto emitido por el justo, *Tu serás mi Dios*, á quien primero fué pronunciada la union del cielo con la tierra, y por medio de la escala misteriosa, que superada por Dios y recorrida por los Angeles, prefiguraba la Iglesia futura y su ministerio de santificacion sobre la humanidad.

Jacob y su casa, huyendo del hambre que asolaba la region que habitaban, se habian refugiado en Egipto. Pero esta tierra, de mansion hospitalaria y benévola que habia sido, se convirtió en lugar de servidumbre y opresion para los hijos de Israel; sobre quienes se cumplia la palabra de Dios á Abraham, de que sus descendientes vivirian peregrinos en tierra ajena y serian afligidos en esclavitud por cuatrocientos años. Cumplida esa palabra, Moisés, enviado por Dios, se presenta á Faraon, rey de Egipto, y le dice en nombre de quien le envía: "Esto dice el Señor Dios de Israel: Deja ir á mi pueblo á fin de que me ofrezca un sacrificio en el desierto. . . . El Dios de los Hebreos nos ha llamado para que vayamos camino de tres dias y ofrezcamos sacrificio al Señor Dios nuestro, á fin de que no venga sobre nosotros la peste ó la guerra." (Exodo V. 1. 3.)

Despues de reiteradas negativas de Faraon, cuya resistencia al divino mandato hiciera necesarios prodigios estupendos en el agua, en el aire y en la tierra, el pueblo escogido emprende una verdadera peregrinacion religiosa; supuesto que abandona su mansion de Gessen para caminar al desierto, y allí con libertad rendir sus cultos al verdadero Dios, en solici-

tud de sus misericordias en cumplimiento del pacto antiguo. Peregrinacion: de cuarenta años, empleados en hacer el camino desde Ramesses, en tierra de Gessen, hasta las llanuras de Moab. Peregrinacion necesaria para que los hijos de Israel olvidaran el escándalo de la idolatría del Egipto; los hábitos malos y degradados que hubieran adquirido en cuatro centurias de esclavitud, y se hicieran dignos de entrar en posesion de la Tierra prometida: la alegoría más cumplida de la peregrinacion de la humanidad al través del valle de las lágrimas de los desiertos de la vida, de las áridas llanuras de este mundo; en cuya extension toda, y dia por dia, y hora por hora, se verificó la palabra del Justo de la Idumea: "Perpétua milicia es la vida del hombre sobre la tierra."

Durante esa peregrinacion recibió el pueblo de Dios al pié del Monte Siná la Ley escrita por el dedo del Omnipotente: y así, á través de una peregrinacion, se dieron la mano el periodo de la Ley natural y el de la Ley escrita: del mismo modo que, volviendo los siglos, en medio de peregrinaciones religiosas, se abrirá la tumba de la Ley escrita y se mecera la cuna de la Ley de Gracia.

Y esto que acontecia entre los descendientes de los hijos de Dios, desde Adán y Noé hasta Jacob y su innumerable descendencia, tenia tambien lugar entre los pueblos todos; que, como el polvo por el huracan, fueron arrojados por el soplo del orgullo, desde las llanuras de Sennar hasta los confines accesibles de la tierra. Porque, por más que entre ellos se corrompieran y alteraran las tradiciones primitivas, conservaron siempre las ideas capitales que han constituido el fondo doctrinal de toda la humanidad. Conservaron la conciencia del crimen de origen que demandaba una expiacion, y la esperanza de un Salvador que habria de venir en cumplimiento de una promesa. Y así, mientras el pueblo escogido gemia en ominosa esclavitud, ó atravesaba el desierto á la sombra del Tabernáculo, la humanidad gentil llevaba consigo ese sentimiento de inquietud, de descontento y de vacío que trabaja al enfermo, que no encontrándose bien en parte ni en postura alguna, se revuelve sin cesar, se agita de continuo, buscando, sin saber dónde encontrarlo, el bien perdido; reclamándolo del único que puede devolvérselo, é imponiéndose el deber de caminar en busca de fatídicos antros, de sublimes alturas, de faustos ó infaustos oráculos, de bosques tenebrosos agitados por siniestros soplos, que se ignora de dónde vienen, ni se adivina á dónde van.

CAPITULO IV

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSAS EN EL PERIODO DE LA LEY ESCRITA.

Una vez establecido el pueblo de Israel en la tierra que le habia sido prometida, tuvo un lugar señalado para la celebracion de sus cultos al verdadero Dios; y era el que temporalmente ocupaba el Tabernáculo. A ese lugar continuó sus devotas romerías, que le recordaban constantemente su larga y laboriosa excursion por el desierto. Y aun cuando, establecidos ya los hijos de Jacob en la tierra de Canaán, hayan ofrecido sacrificios en los lugares elevados y en bosques consagrados al Señor los habitantes de regiones lejanas; siempre conservaban una devocion especial al Tabernáculo, considerado como *habitacion de la gloria del Eterno*. Y así, en la sucesion de los años y de los acontecimientos, Silo, Nobe, Giza y la Ciudad de David, vieron venir al pueblo peregrino portador de presentes, de víctimas, de acciones de gracias y de lágrimas para ofrecerlos en el vestíbulo del Tabernáculo. A Silo, desde su casa de Ramatha, vino Ana, mujer de Eleazar, á presentar al Señor su angustia y su tribulacion; de quien recibió en premio de su fe y de su piedad, el *Don de Dios* en el niño Samuel, futuro consagrante de reyes.

Edificado por Salomón el templo más grandioso que mano de hombre haya erigido al Dios verdadero, quedaron vedados los lugares altos y los bosques santificados, donde solia el pueblo presentar sus dones y ofrecer sus sacrificios. Todo hijo de Israel estaba obligado por ley á concurrir al Templo en solemnidades fijas; y las peregrinaciones periódicas de todos los creyentes tenian por término el lugar santo, donde habia sido colocada el Arca del Testamento; sobre la cual una niebla misteriosa anunciaba la gloria del Señor.

Mas no sólo los descendientes de Jacob, sino tambien extranjeros de apartadas regiones, á cuyos oídos llegaban las noticias de la gloria de Jehová en la casa que habia elegido para ostentar su majestad, venian ansiosos á doblar la rodilla ante el vestíbulo del templo de Sion. Por esto Salomón, entre las peticiones que dirigió al Señor el dia de la dedicacion del

famoso Santuario, decia: «Asimismo, cuando el extranjero que no pertenece á tu pueblo de Israel, viniere de lejos tierras por amor de tu Nombre (puesto que se esparcirá por todas partes la fama de tu grande Nombre, y de tu poderosa mano, y de tu fuerte brazo) cuando viniere, digo, y orare en este lugar, tú le oirás desde el cielo, desde aquel firmamento en que tienes tu habitacion, y otorgarás todo cuanto te suplicare el extranjero, para que así todos los pueblos del mundo aprendan á temer tu Nombre, como tu pueblo de Israel, y sepan por experiencia que tu nombre es invocado en esta Casa que yo he edificado.» (3.º Reg. VIII. 41, 42, 43.)

Y el viaje emprendido á Jerusalem por la opulenta reina de Sabá en la Arabia Feliz, tuvo tambien el carácter de una piadosa peregrinacion, supuesto que, la curiosidad que la impulsó á emprenderlo fué excitada por la fama de todo lo que Salomon habia hecho al Nombre del Señor; y que fué arrebatada de admiracion al ver los holocaustos que ofrecia en la Casa del Señor, (Ibid. X. 1, 5.) y que bendijo su santo Nombre, en un raptó del más religioso entusiasmo: «Bendito sea el Señor Dios tuyo, que te ha colocado sobre su trono para reinar en lugar del Señor tu Dios. Como Dios ama a Israel, y quiere conservarle para siempre; por eso te ha constituido rey suyo, para que le gobiernes y administres justicia.» (2.º Paral. IX. 8.) Sobre las palabras del sagrado texto «Tambien la reina de Sabá, oida la fama de Salomon, vino en el Nombre del Señor,» se lee esta nota aprobada por la Iglesia: «Inspirada del cielo, y deseosa de adorar al Dios de Israel, del cual habia oido tantos prodigios, y particularmente los que obraba por medio de Salomon.» (Amat. nota al versículo 1, cap. X, lib. III de los Reyes.)

Peregrinacion religiosa fué tambien la que á tierra de Israel hizo Naaman, general de los ejércitos del rey de Siria, en solicitud de remedio para la lepra de que adolecia. Porque él no emprendió su viaje en busca de médico ni de medicina humanos; sino en la esperanza del valimiento de un Profeta, y de la medicina del cielo que él pudiera implorar. «¡Ah, si mi amo fuera á verse con el Profeta que está en Samaria! Sin duda curaría de la lepra,» dijo la doncellita cautiva: y estas palabras rebosantes de fe y esperanza religiosa, determinaron al magnate leproso á emprender el viaje. «Yo creia, decia despues el doliente, que él (Eliseo) vendria á verme, y que estando en pié invocaria el nombre del Señor su Dios, que con

su mano tocara mi lepra, y me sanaria.» Y luego, ya curado, confesaba: «Conozco ciertamente que no hay otro Dios en toda la tierra, que el que hay en Israel.... ya no sacrificará tu siervo de aquí adelante holocaustos ni victimas á dioses ajenos, sino solo al Señor. (4.º Reg. V. 3, 11, 15, 17.)

Por la voluntad de Aquel que cambió en bendiciones los anatemas del Profeta de Moab, la incursion hostil de Alejandro el Grande sobre Jerusalem, se trasformó en una peregrinacion piadosa. «Al decir de Josefo, historiador judío, Alejandro marchó sobre Jerusalem para castigar su fidelidad á los reyes de Persia; pero á corto trecho de la ciudad, ve encaminarse á su encuentro una hilera de sacerdotes con ropas de lino, conducidos por el gran Sacrificador, cubierto de los ornamentos pontificales y seguido del pueblo vestido de blanco. Un sueño habia inspirado al sumo sacerdote Jaddo la idea de llenar la ciudad de flores, abrir todas sus puertas y salir al encuentro del héroe. Pasmado en vista de aquel espectáculo, Alejandro, en vez de ocuparse en destruir, experimenta un dulce arrobamiento; inclínase ante el nombre de Jehorah escrito en la áurea lámina de la tiara del Sumo sacerdote; y se acuerda de haber visto en sueños, estando en Macedonia, á un ministro de Dios con aquel mismo traje, y que le habia vaticinado brillantes conquistas. La comitiva de los sacerdotes y del pueblo se encamina á Jerusalem, rodeando á Alejandro, que sube en seguida al templo para ofrecer sacrificios al Señor. El Sumo sacerdote le enseña en el libro de Daniel la profética vision en que se anuncia que un rey de la Grecia derribará el imperio de los Medos y de los Persas. Pregunta el conquistador qué gracias quieren recibir los Judíos, y se le responde que los Judíos le ruegan que se les permita vivir segun la ley de sus padres; que pagarán el tributo, y que solamente desean que se les exima de él en el sétimo año, ó año sabático, en que acostumbran dejar que descansa la tierra. El hijo de Filipo accedió á su ruego.» (Poujoulat. Hist. de Jerusalem.) Así cambió Dios en un momento al soberbio conquistador en peregrino piadoso; en amigo y protector del pueblo escogido, al guerrero terrible pintado en el Libro sagrado con estos imponentes rasgos: «Ganó muchas batallas, y se apoderó en todas partes de las ciudades fuertes, y mató á los reyes de la tierra, y penetró hasta los últimos términos del mundo, y se enriqueció con los despojos de muchas naciones, y enmudeció la tierra delante de él. (1.º Machab. I, 2, 3.)

Años despues, otro guerrero de glorioso renombre, inclina tambien su frente coronada de laureles, ante las puertas del templo de Jehovah. La triunfadora Roma, señora ya del Oriente por la muerte de Mitrídates, envía á sus legiones á las órdenes de Pompeyo, quien pone sitio á la ciudad santa, y despues de obstinada defensa de tres meses, la toma é invade hasta el Santuario. Y sin embargo, el orgulloso vencedor, adora al Dios verdadero en su templo: y como en otro tiempo Alejandro, le ofrece imponentes sacrificios: y con esto el triunfador se trasforma en religioso peregrino, que adora y sacrifica en representacion de la ciudad eterna.

Lo expuesto basta para dejar establecido que, durante el período de la Ley escrita, las peregrinaciones religiosas fueron practicadas en la Iglesia judaica; y que los mismos lugares santos que atraian á los descendientes de Jacob, llamaban tambien la atencion y excitaban la piedad de muchos gentiles de recto corazon y buena voluntad, que de luengas distancias venian á adorar al Dios de Abraham en el Tabernáculo de Silo y en el Templo del Monte Mória.

Y tambien es de tenerse en cuenta que el pueblo judío, el mas apegado á sus tradiciones nacionales y religiosas, jamás echaba en olvido los hechos gloriosos eternizados por bellas páginas históricas escritas en los corazones; y siempre profesó religiosa devocion á determinados lugares fuera del Tabernáculo y del Templo, que conservaban apegado el recuerdo de acontecimientos verdaderamente portentosos. El paso del Mar Rojo, la promulgacion de la Ley en el Sinaí, el manantial abierto por la vara de Moisés en la peña de Horeb, la muerte del Legislador-Profeta en las alturas del Monte Nebo sobre la cumbre del Phasga, estos acontecimientos imprimieron un sello de santidad á los lugares en que tuvieron lugar, y debieron ser visitados frecuentemente y con religiosa piedad por los hijos de Israel, y aun más en las épocas de sus desventuras; porque nada como los infortunios presentes nos impele á buscar las ruinas de una felicidad perdida, para llorar sobre ellas. "No puede dudarse, dice un historiador, que desde el paso de los Israelitas hasta la Era Cristiana, el Sinaí, y todos los valles que le rodean han sido objeto de una veneracion sostenida en mucha parte por las tradiciones." Y hay un hecho que pone fuera de toda duda esa persistencia en el pueblo judaico de sus tradiciones y del culto que tributaron siempre á los lugares santificados

por ellas. Todavía en el siglo IV de nuestra Era tenian lugar prácticas supersticiosas judaicas, mezcladas con gentilismo, en el sitio llamado *del Terebinto* ó de la *Encina de Mambré*, cuya celebridad data de los dias de Abraham.

CAPITULO V.

LAS PEREGRINACIONES RELIGIOSO-JUDAICAS DESPUES DE LA ABOLICION DE LA LEY ESCRITA.

Posteriormente á la promulgacion del Evangelio, la antigua Salem fué todavía visitada por piadosos viajeros, que no teniendo conocimiento de la Buena Nueva, buscaban al verdadero Dios en el templo grandioso que, por tantos siglos, habia cobijado bajo sus artesonados de oro la gloria de Jehovah.

En los comienzos de la propagacion del Cristianismo, el valido de la reina Candace de Etiopia, vino á adorar al Señor en Jerusalem, y regresaba á su país, llevando consigo un ejemplar de los libros santos; y haciendo su camino, leia al Profeta Isaías. La rectitud de su intencion, ó mejor dicho, la divina misericordia, hizo que su piadosa peregrinacion le proporcionara el conocimiento de la verdad evangélica, mediante la enseñanza del diácono Felipe, enviado al efecto por el espíritu del Señor. De esta manera, el que con recta intencion leia á un Profeta sin comprenderlo, recibió la enseñanza de la verdad profetizada, y ya realizada: el que vino á venerar la verdad en figura, llevó en su corazon la consumacion de toda verdad; y sobre su frente el sello de la fé, mediante la ablucion de las aguas del bautismo. (Act. VIII. 27.) Elena, viuda de Monobase, rey de Adiabena, en los confines del imperio romano y del de los Partos, convertida del gentilismo al mosaísmo, hizo una peregrinacion al templo de Jerusalem, en la cual tuvo ocasion de socorrer profusamente á los judíos de la Palestina, en el hambre ocurrida en tiempo del emperador Claudio (año 54 á 58 J. C.), azote que habia sido vaticinado por el Profeta Agabo. (Act. XI 27. 28.)

En cuanto á los restos dispersos del pueblo judaico, de donde quiera que se encontraran afluián á la ciudad santa en peregrinacion al templo del Dios de Jacob; aún despues de per-